

Otras razones para pensar nuestra práctica cotidiana

La escuela durante mucho tiempo abrigó la esperanza de constituirse en un espacio distante de los entornos en que se encontraba. Acontecía entonces que sus edificios estaban amurallados de tal suerte que ni el vecindario sabía lo que sucedía al otro lado de las paredes

ni la escuela confesaba compromisos con su entorno. En la parte de afuera teníamos los problemas y las tentaciones, mientras en su interior se respiraba el aire de la academia y el conocimiento. En el exterior estaba lo cambiante y efímero, en sus aulas y corredores, lo valioso y perdurable.

Sorprendentemente rápido cambiaron las cosas. Así los maestros no lo quisieran, el entorno se coló en las escuelas a través del aire y las conexiones eléctricas, de tal manera que en la escuela aparecieron ventanas al exterior que no sólo mostraban lo que sucedía al otro lado de los muros, sino al otro lado del mundo. Por otra parte, las implicaciones de lo que sucedía en el mundo produjeron y están produciendo transformaciones al sentido mismo de la escuela de tal suerte que el compromiso de la escuela ya no se restringe a las informaciones neutrales de los textos y manuales, sino que se proyecta como una exigencia para dar cuenta de problemas que van más allá de lo inmediato, tanto en el tiempo como en el espacio. Ahora bien, por la manera como se comercializa la información, posiblemente terminaremos estando más enterados de lo que sucede en Europa o en el Medio Oriente, que de los acontecimientos en nuestro país o de lo que pasa en nuestro mismo barrio, con un peligro inminente y es que esta realidad que construiremos será la verdad única, con un único artífice, los medios de comunicación.

Una de las consecuencias de estos cambios es que la formación y la información ya no pueden ser neutrales y tenemos que optar, por un compromiso con lo global o por un compromiso con lo local. Además de decidirnos por la búsqueda de la realización personal y la felicidad

del ser humano o por una formación para el trabajo y para las urgencias por la subsistencia. Y las circunstancias son tan inevitables que hemos llegado a un punto en el que ni el maestro ni la institución educativa pueden voltearse de espaldas para no ver las pantallas, simplemente porque a sus espaldas se encuentran otras, y hay otras en la casa y otras más en el camino de la escuela a su residencia.

Sí, la realidad es así, las escuelas tienen que ser diferentes, y ello es inevitable porque lo más característico de una sociedad es la tecnología de que dispone, y actualmente vivimos en una sociedad del control y la retroalimentación, la inmediatez de los acontecimientos y la desaparición de las distancias. Los nuevos artefactos no pueden pensarse simplemente como artilugios para hacer con ellos lo que hacíamos con los artefactos anteriores, con ellos tenemos que hacer otras cosas.

La escuela no puede ser la misma cuando, por ejemplo, los intereses mundiales interfieren con las necesidades e intereses nacionales. Es por ello, entre otras cosas, que se está hablando con insistencia y con angustia del aprendizaje situado, la cognición situada y la escuela situada. Pero tampoco podemos mantenernos en la misma dinámica escolar cuando las relaciones interpersonales y las posibilidades de enredarse se han multiplicado a través de los enlaces virtuales y las redes sociales como el *facebook*. No se sabe si estas nuevas oportunidades nos están brindando nuevas posibilidades de compañía o, más bien, nos están creando condiciones paliativas para mantenernos en una soledad que podríamos llamar la *ciber-soledad*.

Por las presiones permanentes de lo que sucede, seguramente en algunos aspectos la escuela ya ha cambiado, la presencia de los artefactos ha conducido a pensar de manera diferente el aula, las clases, las tareas, las evaluaciones; pero eso no debe ser lo más importante, tal vez lo determinante de todo esto, es que reconozcamos que la mejor manera de pensar en la tecnología de nuestros días no se deriva de los dispositivos que encontramos en el mercado sino de las maneras globales de control, en la distribución explícita y globalizada de oportunidades y posibilidades que frente a una homogeneización superficial esconde una segregación cada vez más profunda, para nuestros jóvenes y nuestros países.

Por ejemplo, las implicaciones de la globalización nos están llevando a una homogeneización que se nos impone a la sombra de un deseo de superación y de excelencia, que se concreta en términos de evaluaciones de todo tipo (Sensales, Exámenes de Estado, Ecaes, Timss, etc.). En estas dinámicas quedan a la vera del camino quienes no logran la estandarización deseada, como si ellos no poseyesen los mismos derechos y tuvieran las mismas necesidades. En otras palabras, se está llegando a una nueva y muy peligrosa forma de segregación. Y los que quedan a la vera del camino no son sólo los individuos, sino las sociedades y los países.

El asunto es que nos encontramos en una situación de coyuntura en la que las circunstancias nos exigen que inventemos otras formas de pensar la escuela. Se tratará quizá, de una institución inmersa en las posibilidades que brinda la tecnología, eso es a la vez inevitable y deseable; pero a lo que aspiramos también, es a que tal institución esté de cara al país, sea consciente de las posibilidades y dificultades que nos depara nuestro entorno y nuestra historia y nos permita inventar futuros colectivos que nos lleven a sentirnos orgullosos por lo que somos y optimistas por lo que estamos construyendo colectivamente. Tal vez lograremos imaginar una escuela contemporánea comprometida con el ser humano, sin abandonar sus horizontes, que no son otra cosa que la construcción de la felicidad.

Dino Segura

Pares académicos

Verónica Andrea Catebiel

Licenciada en Enseñanza de las Ciencias con mención en Didáctica de la Química, Universidad Nacional de General San Martín, Argentina. Magíster en Educación con énfasis en Enseñanza de las Ciencias, Universidad del Valle. catepol@emtel.net.co

Steiner Valencia Vargas

Magíster en Docencia de la Física, Universidad Pedagógica Nacional. Especialista en Docencia de las Ciencias. Licenciado en Biología. steinerv@uni.pedagogica.edu.co

Alfonso Torres Carrillo

Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Magíster en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales y Coordinador del Grupo de Investigación "Sujetos y nuevas narrativas en investigación y enseñanza de las ciencias sociales", Universidad Pedagógica Nacional. atorres@pedagogica.edu.co

María Elvira Rodríguez Luna

Doctora en Ciencias Pedagógicas, Universidad Central de las Villas Cuba. Magíster en Lingüística Hispánica, Seminario Andrés Bello, Instituto Caro y Cuervo. Docente-investigadora de la Universidad Distrital. Directora Grupo de investigación Lenguaje Identidad y Cultura (Categoría A de Colciencias). Miembro del Grupo de Evaluación de la Universidad Nacional (Categoría A de Colciencias). plengua@udistrital.edu.co

Julio Ernesto Rojas Mesa

Doctorando y Diploma de Estudios Avanzados en Teoría de la Educación y Pedagogía Social, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), España. Antropólogo, Universidad Nacional de Colombia. Docente Universidad Santo Tomás y Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). julioerjamesa@yahoo.com

Adriana Arribas

Licenciada en Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. Docente de la carrera de Edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Editora especializada en Educación. adrianaarribas@ciudad.com.ar

Comité editorial

Alfredo Ayarza Bastidas

Especialista en Gerencia Integral de Empresas, Universidad del Rosario. Miembro de la Cámara Colombiana del Libro. Miembro de Fundalectura. magis07@colnodo.apc.org coopera2@latino.net.co

Clara Inés Chaparro Susa

Doctorado en Historia, Lógica y Filosofía de la Ciencia, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid, España. Magistra en Docencia de la Física y licenciada en Física y Química, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá. chaparro@pedagogica.edu.co

Juan Carlos Orozco Cruz

Magíster en Docencia de la Física, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia. orozco@pedagogica.edu.co

Piedad Ortega

Doctoranda en Teoría de la Educación y Pedagogía Social, UNED, España. Profesora de planta, Universidad Pedagógica Nacional; licenciada en Administración Educativa, Universidad de San Buenaventura; magíster en Educación Comunitaria y Desarrollo Social, Cinde. piedadortegava@yahoo.es

Liliana Lacolla

Doctora en Enseñanza de las Ciencias, España. Licenciada en Química, Universidad San Martín. Buenos Aires, Argentina. lilianaee@yahoo.ar

Dino de Jesús Segura Robayo

Magíster en Educación, Universidad de Nueva York, sede de Búfalo, Estados Unidos. Físico, Universidad de Leipzig, Alemania. Docente de excelencia. Premio otorgado por la Alcaldía de Bogotá. apriori@telecom.com.co

João Batista Siqueira Harres

Doctor en Educación, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, PUC-RS, Rio Grande do Sul, Brasil. Maestro en Educación, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, PUC-RS, Rio. jbhharres@univates.br

Daniel Fernando Torres Páez

Profesional en Estudios Literarios, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Edición y corrección de textos, Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires, Argentina. Profesor de historia de la literatura. Editor y corrector de estilo. untaldaniel@yahoo.es